

LA PAZ

VOCES RECTORAS ANTE EL MAÑANA

Desde Flensburg, el gran almirante Doenitz manda el 8 de mayo que a las cero horas y un minuto de la madrugada del día 9, todas las fuerzas del Reich, las de tierra, aire y mar, se rindan sin condiciones. Obedecen los Ejércitos alemanes y la guerra en Europa termina. El honor de la virtud, enseña un Santo, no está en batir, sino en combatir. Con entereza sin par y con altísimo denuedo han peleado todos. Al deber y al honor se han inmolado con grandeza millones de combatientes, para los que la muerte es resurrección y vida perdurable. La Historia resonará del comportamiento de estos héroes, a los que sangre ilustre obligaban. Han sabido, como los mejores de todos los tiempos, abdicar la materia y darse en holocausto. Son muchas las ejemplaridades que la guerra acrisola; pero también trae consigo crueldad e ignominia.

No hay flagelo como el de la guerra para naciones en las que aniquila en un año la obra de cincuenta o de cien. Quiera Dios que los pueblos restañen sus heridas.

En su proclama del 8 de mayo, dice el almirante Doenitz con patética sobriedad: «Han desaparecido las bases sobre las que descansaba el III Reich alemán». Y también: «Los soldados alemanes, veteranos de innumerables batallas, pisan ahora el amargo camino que conduce al cautiverio y hacen así el último sacrificio para salvar la vida de nuestras mujeres y de nuestros niños». Los documentos oficiales de estos días, en vencedores y en vencidos, confieren a las fuerzas del alma un alcance dramático que la antigüedad no ha conocido. No hay en Julio César, ni en Salustio, ni en Tácito, arengas cuya concisión, «inmortalis brevitatis», iguallen a algunas de los jefes de ahora. En la Roma de «Los Anales», los acontecimientos eran mucho menores que los que siglos después presenciarnos. Las razones y las causas que nos toca indagar son también más complejas, mucho más que en los días que siguen a Augusto.

Unidad les pide, en la derrota, Doenitz a los suyos, porque teme que sin ella no sobrevivan a las tribulaciones que les esperan.

En todos los frentes de Europa, aun en los últimos, como en Praga, en el Dodecaneso, en Noruega, en La Rochela, Saint Nazaire y Lorient, las guarniciones alemanas se han rendido. A la hora en que escribimos, dos mariscales, Goering y Kesserling, han sido capturados. La paz es un bien inestima-

ble que nos dilata el corazón a todos. En una de sus alocuciones a la multitud, ha dicho Churchill: «En toda nuestra larga historia no ha habido nunca día más grande que éste. Dios os bendiga». Y en otra: «Un enemigo mortal ha sido derribado y espera nuestro juicio y nuestra merced. Pero otro enemigo ocupa aún grandes partes del Imperio Británico; un enemigo manchado de terrible crueldad: los japoneses». Después y recordando las horas duras de la contienda en la que la Gran Bretaña revigorizó su temple: «Volvimos, después de largos meses, de las fauces de la muerte y de la boca del infierno, entre el universal asombro». Sí, y ante la victoria de hoy dos versos memorables de su Milton le asisten:

*Yet once more. O ye laurels, and once more
Ye myrtles brown, wit ivy never sere.*

Una vez más, vuelve la patria de Churchill a sus laureles, sus mirtos y su nunca marchita hiedra. Enlaza tiempo con tiempo y jornadas de hoy con jornadas antiguas. Es el Milton ciego el que nos advierte que en las aflicciones se sirve a Dios sufriendo y esperando. Inglaterra supo, durante sus reveses, sufrir y esperar. «Pusimos — resume Jorge VI — nuestra causa en manos de Dios». El Todopoderoso fué para ellos, si pujanza, escudo resistente que les ha preservado del desaliento. Descorazonarse en la lucha es peor que fenecer. Se ufana el rey de que su pueblo no se doblegue ante la adversidad ni se engría ante la fortuna. Le exhorta a que reanude sus trabajos y a que se abstenga de hacer nada que no sea digno de los que combatieron y cayeron. «Todo estaba en juego — ha recordado Jorge VI — nuestra libertad, nuestra independencia y nuestra vida». Todo estaba también en juego para las naciones vencidas, y dondequiera han actuado dilemas de vida y muerte.

«Yo, Harry S. Truman, presidente de los Estados Unidos de América — ha anunciado el sucesor de Roosevelt —, designo el domingo día 13 de mayo de 1945 para que sea el día de la oración. Pido a todo el pueblo norteamericano, sean cuales sean sus creencias, que se una a los demás para dar gracias a Dios por la Victoria». La rendición incondicional, según Truman, no significa ni esclavitud ni exterminio. Es más bien la paz y el retorno de muchos millares de soldados a sus tierras y a sus labores. Confiemos en que después de un tiempo expiatorio sea así y en que la dignidad humana habite de nuevo